

domingo 29 de mayo de 1983

unomásuno

Sectores populares que cuentan entre los más activos y vigorosos caminaron por las calles de la ciudad de México en las tardes del jueves y el viernes. Su presencia en la vida política es un dato del que ya nadie puede prescindir. Hasta hace no mucho tiempo el gobierno los tenía por alborotadores, sólo porque no se plegaban a los criterios oficiales. Hoy han ganado un espacio, no sólo físico, pues nadie intenta ya impedirles que marchen cuando exponen sus pareceres, sino también político.

A la manifestación del 26 de mayo concurren agrupaciones y personas encuadrables en una amplia gama de opiniones, actitudes y conductas políticas. Precisamente la intención de sus promotores (especialmente el sindicato de trabajadores nucleares) fue mostrar la posible convergencia, desde diversos puntos de partida, de los mexicanos opuestos a la guerra en Centroamérica. Notables priistas aparecieron entre los convocantes y entre quienes marcharon, sin rubor alguno, al lado de dirigentes de partidos y sindicatos de izquierda. No había lugar para el rubor, pues la marcha caminaba en el mismo sentido que la política exterior mexicana.

Al día siguiente, se reunieron dos grupos de manifestantes. Uno se propuso subrayar con el procedimiento político elemental de gritarlo en la calle, que es necesario revisar la política salarial, cuyo efecto frenador acrecienta las penurias de los obreros y los empleados. Seguramente no escapó a la comprensión de los manifestantes que, otra vez, como en diciembre mismo, el gobierno procura salvarse a sí mismo en primer lugar. Por eso, para que sus planes y sus propias finanzas operen como se ha previsto, sin las interferencias derivadas de exigencias sociales, hace el Tancredo: se queda quieto, quieto, como si el toro no estuviera allí, y esperando

Los que marchan y los que no

Miguel Angel Granados Chapa

(como aconteció con el burel de la CTM), que al embestir termine desviándose, dando sólo un buen susto al lidiador y al público y resoplando satisfecho, como si la esencia de la suerte, para la bestia, fuera sólo arrojar ráfagas de aire caliente por los belfos. Los manifestantes por mayores salarios del viernes no se engañan, pues. Saben que si la comisión de salarios mínimos muestra su verdadero carácter, no del órgano tripartita sino de oficina dependiente del Ejecutivo, que sólo se reúne en el momento y para el propósito que éste determine, y por lo tanto no responde a la muy audible demanda de ajuste anticipado del incremento semestral, es porque en el gobierno priva la convicción de que los derechos obreros deben ajustarse a las nociones de los planeadores y no al revés. Con esas certidumbres, de todas maneras los marchantes del viernes dieron nueva sonoridad a la exigencia de quienes requieren ganar más dinero para siquiera no seguir comprando menos cosas.

La marcha que ellos protagonizaron se agregó a la más numerosa de las tres de que hablamos. Ella fue la de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación. Su desfile fue culminación de una jornada que incluyó principalmente la suspensión de clases en 16 estados. No es preciso creer a pie jun-

tillas en la cifra (doscientos mil profesores) proporcionada por los paristas, para saber que se trata del acto de esa naturaleza más ampliamente acaudado por los disidentes del magisterio. Como su nombre lo indica, la CNTE es una coalición de fuerzas, vinculadas por su común rechazo al cacicazgo interno en el sindicato magisterial, pero que no siempre coinciden en tácticas y estrategias particulares en el ejercicio de su discordancia con la corriente todavía principal en ese sindicato, ni tampoco en sus concepciones políticas y partidarias más generales. Importa hacer notar esta circunstancia, porque ya comienza a circular el espantajo de la conjura orquestada para alterar el orden ("crear otro 68", dicen las denuncias, como si fenómenos así se cocinaran como una orden de tacos al carbón). La CNTE es, nada más, un instrumento para la lucha sindical, y malamente podría servir, fuera de ese ámbito, para propósitos de *subversión* de la paz pública. Nadie vea, en consecuencia, en movilizaciones populares como las referidas, antecedente o pretexto para un desafío a las instituciones. Y menos se pretenda relacionarlas con episodios que, esos sí, se asemejan a los surgidos hace quince años por instrucciones emitidas en oficinas públicas, como bombazos y disparos aquí y allá, destinados a configurar un clima de inseguridad donde toda medida para volver a la calma reciba el aplauso público.

Las fuerzas sociales que callejearon jueves y viernes, reafirmaban como nunca su presencia en torno de objetivos claros, están en condiciones de plantearse la evolución de sus proyectos, el ensanchamiento de sus alianzas, la construcción de instrumentos que hagan permanente y eficaz la acción que dibujaron esos días. La crisis ha de servirles; les sirve ya para crecer. La porción del pueblo inserta en esa corriente está en marcha. No todos pueden decir lo mismo.